

Dupr.

Ac. Esp. II-193

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

**LAS FORMAS DEL RELIEVE
TERRESTRE
Y SU LENGUAJE**

DISCURSO PRONUNCIADO EL 20 DE NOVIEMBRE
DE 1977, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA POR EL
EXCMO. SR. DON MANUEL de TERÁN

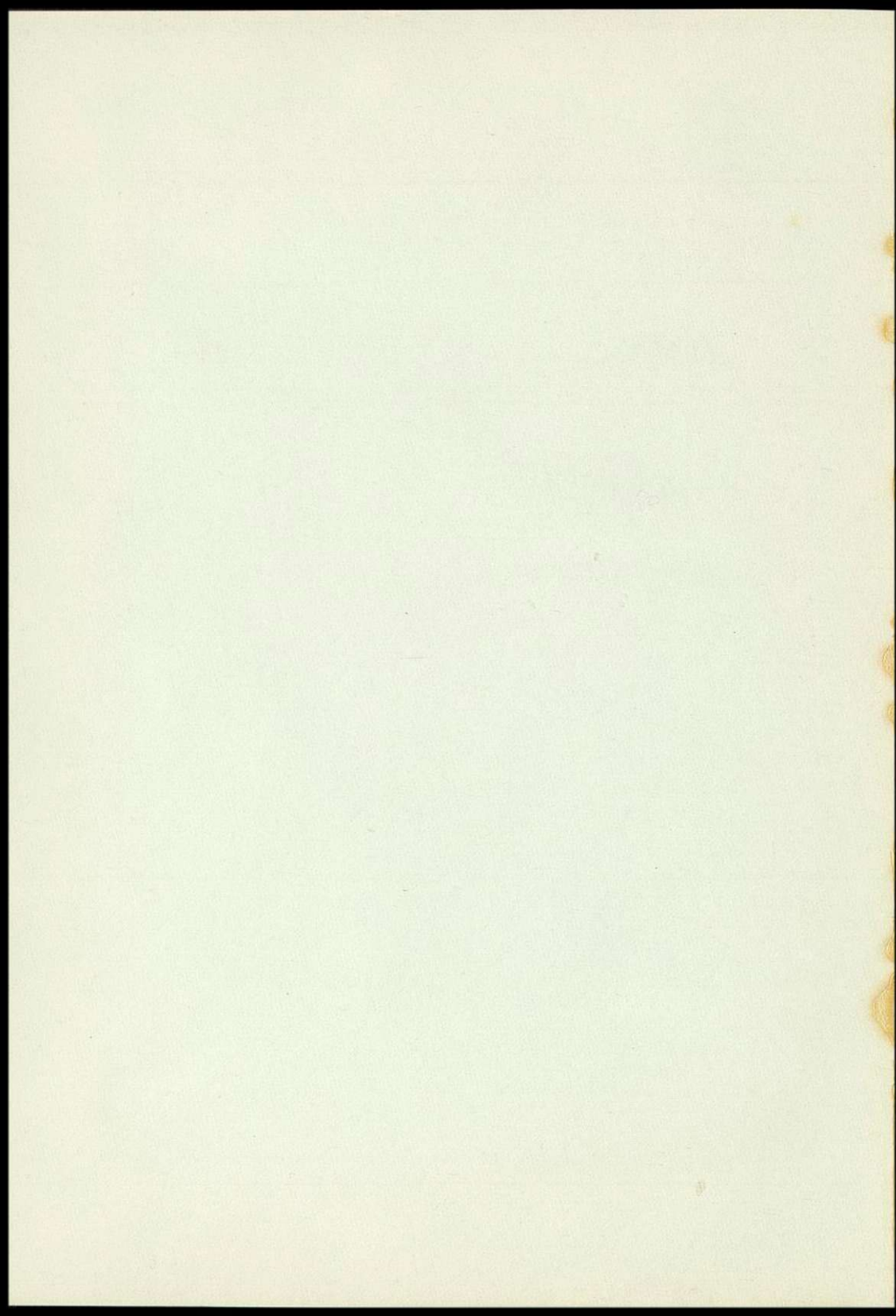
Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON JULIÁN MARÍAS



MADRID

1977



12.154

EL MUNDO

LAS FORMAS DEL RELIEVE
TERRESTRE

LAS FORMAS DEL
RELIEVE TERRESTRE
Y SU LENGUAJE

EL MUNDO

EL MUNDO

EL MUNDO

EL MUNDO

EL MUNDO



1950

LAS FORMAS DEL
RELIEVE TERRESTRE
Y SUBTERRANEO

R. 22.847

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS FORMAS DEL RELIEVE TERRESTRE Y SU LENGUAJE

DISCURSO PRONUNCIADO EL 20 DE NOVIEMBRE
DE 1977, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA POR EL
EXCMO. SR. DON MANUEL de TERÁN

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON JULIÁN MARÍAS



MADRID

1977



LAS FORMAS DEL RELIEVE
TERRESTRE
Y SU LENGUAJE

VII

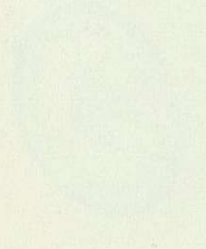
INDICE GENERAL DE LOS TOMO I Y II

LA LINGÜÍSTICA DEL RELIEVE

EXCMO. SR. DON MANUEL DE TERÁN

Y CONTRIBUCION DEL

EXCMO. SR. DON JULIAN MARTEL



MADRID

DISCURSO

DEL

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MANUEL de TERÁN

DISCURSO DE
DON MANUEL DE TIRADO
EXCELENTE

Señores Académicos:

Comparezco ante vosotros, sabedor de que he de cumplir dos obligaciones, precisas antes de traspasar el umbral de vuestra casa. Las dos son gratos deberes, aunque suponen dificultades en cada una que no igualan a la complacencia que por igual me producen las dos. Una de ellas es la de expresar mi gratitud por el honor que tan generosamente me habéis hecho; otra la de recordar y hacer el elogio de mi directo antecesor en la silla que se me ofrece, Don Carlos Martínez Campos. Digo diferencias en la dificultad por las razones que a continuación expongo.

Para mí es más difícil la expresión de mi gratitud que el cumplimiento de la segunda de mis obligaciones, pues los altos merecimientos del Duque de la Torre harán más fácil mi tarea. Y en este punto, tanto en un caso como en otro, me aqueja el temor de que mis palabras no fueran otras que las de un ritual y protocolario trámite académico sin tener el temblor y la hondura emocional, que aun siendo las palabras las mismas, las hace diferentes al limpiarlas de la pátina del tópico cuando brotan de una idea y de un sentimiento originados en la hondura de la sinceridad. Grande es, en efecto mi gratitud por haberme ofrecido la acogida de vuestros brazos para participar en

vuestros afanes y quehaceres. Pero pienso que la consideración de la distancia existente entre el honor recibido y los merecimientos de mi humilde persona es algo sobre lo que no creo necesario insistir. Yo estimo que la modestia no debe ser exagerada y exhibida, pues así como hay verdades sospechosas hay también sospechosas modestias y sobre todo, que esto se ha de juzgar desde fuera.

En lugar de continuar por la vía de la modestia y por la de la gratitud prefiero optar por la consideración del compromiso que con vuestra benevolencia me habéis hecho contraer. Empeñado quedo en un cometido que procuraré llenar hasta el límite de mis fuerzas y capacidades.

La geografía, de la que soy un modesto representante, es ciencia que, rebasada hace tiempo la fase puramente enumerativa y descriptiva de accidentes de todo género, se ha constituido hoy en un saber interdisciplinario, que se apoya y se nutre, a la vez de las ciencias físico-naturales y de las que, con enorme progreso en estos últimos años, tratan de alcanzar un saber del hombre en todas sus manifestaciones. Es por aquí por donde, yo también, considero que puedo prestar una colaboración en esta casa, a la que acudo no como a una institución dispensadora de honores, sino como a un hogar de trabajo.

Como ya previamente advertí, el cumplimiento de la segunda de mis obligaciones, al presentarme ante vosotros, me es tan grato como el de la primera; pero más fácil, pues las virtudes, obras y personalidad de Don Carlos Martínez Campos, patentizadas a lo largo de una vida relativamente larga (1887-1975), prestan su ayuda a mi tarea, para la cual cuento, también, con el apoyo de dos valiosos andadores: las dos necrologías que en su día se dedicaron a recordar y enaltecer tan ilustre figura. Son las que, en las páginas del Boletín de esta Real Academia, escribió Alfon-

so García Valdecasas y en las del Boletín de la Real Academia de la Historia, Jesús Pabón. Ambos concedores y amigos del Duque de la Torre, quien, para sus amigos y aun para quienes sin trato directo con él en algún modo habían sido alcanzados por el respeto a su personalidad, era simplemente Don Carlos. Personalmente, quiero recordar aquí que yo, por mediación de Jesús Pabón, entré en conocimiento con él, y aunque breve nuestra relación, pude en ella percibir la virtud de su calificación moral e intelectual.

Fue la suya una larga vida de trabajo, tanto en su profesión militar como en el mundo de las letras. Un revés de la fortuna familiar le llevó muy niño a trasladar su residencia de París a Madrid. Pero la vinculación de su padre con la isla de Cuba, en donde radicaban sus bienes raíces, quedó viva en el ánimo del niño que muchos años después escribiría su oración a Cuba, publicada en su libro «Ayer», en donde dirigiéndose a la isla dice: «has visto el nacimiento de mi padre y de mis dos abuelos en La Habana y en Trinidad, en las que aún están en pie las casas en que tú los acogiste».

En Madrid, la vocación de Don Carlos se decidió pronto por el aprendizaje de las armas, siguiendo una tradición familiar, en la cual figuran con otros más remotos antecesores, la figura del General Don Francisco Serrano y Domínguez, primer Duque de la Torre, por quien, dice Pabón, sentía su nieto «la que podríamos llamar adoración por el abuelo»: Fallecido dos años antes del nacimiento de Don Carlos, su conocimiento y admiración por aquel le fue transmitida por su madre, la hija mayor del General, de la que dice «haber heredado» entre «lo poco que poseo» su profunda veneración por el General Serrano.

De la Academia Militar de Segovia en la que aprendió

la técnica de la artillería y de cuya estancia queda recuerdo en sus escritos, el que había de ser el tercer Duque de la Torre pasó por otras instituciones del ejército, tales como la Escuela de Equitación y la Escuela Superior de Guerra, en las cuales fue unas veces discípulo y otras profesor. Con estas actividades se entreveran sus misiones y viajes de carácter diplomático, o simplemente como agregado militar, en varias capitales europeas y extraeuropeas, así como su participación como soldado en la guerra de Marruecos en 1909 y 1923.

Verdaderamente fecundas fueron la vida y la obra de Don Carlos Martínez Campos, pues a sus múltiples y variadas actividades castrenses se suman las de carácter académico y las literarias y esas componen una copiosa lista bibliográfica, de la que en otras partes se encontrará la debida referencia. Como es de suponer, el lugar preferente en su producción literaria la ocupan los escritos de arte, ciencia y técnica militar, que han sido muy valiosos durante varias generaciones, cuyo conocimiento ha trascendido nuestras fronteras y que aún siguen prestando utilidad a los estudiosos. Pero dentro de esa nómina bibliográfica aún queda lugar para una obra de creación literaria, en gran parte recogida en los dos volúmenes de su libro «Ayer», cuya tercera parte preparaba, y aún la no recogida en estudios monográficos publicados en algunas revistas e incluso artículos en la prensa diaria, en los cuales Don Carlos llevó a cabo lo que con título muy expresivo llamó en su discurso de ingreso en esta Real Academia, *Movilización de la palabra*.

Muchos son los méritos que como escritor y como *movilizador* de la palabra castellana acumuló Don Carlos, cuando a esta casa fue llamado. Pero con todo, cuando se leen los elogios hechos de él por sus panegiristas y cuantos

le conocieron, por encima de ellos queda siempre la imagen del hombre cabal y entero, del caballero grave, austero y responsable, que todo lo dio, en cualquier parte en que se encontrara, al cumplimiento de su deber.

Las formas del relieve terrestre y su lenguaje

INTRODUCCION

«che la Terra è una stella»

(LEONARDO DA VINCI)

Vivimos sobre la piel de una estrella apagada. Así se podría expresar el gozoso sentimiento de Nicolás de Cusa cuando, al mediar el siglo XV, llegó a la convicción de la unidad de la materia, de la que existe entre todos los cuerpos celestes, de la que existe entre el mundo sideral y el sublunar; entre el mundo de las estrellas fijas e incorruptibles y el mundo de los astros que de ellas dependen y están sujetos a mutación. Aproximadamente dos siglos después, Descartes, en sus Principia philosophiae (1644) con mayor rotundidad afirmaba la misma idea que, en su caso contaba además con el argumento de las descubiertas manchas solares, que le hicieron concebir que el sol, como todas las estrellas, ha tenido una historia, que la tierra es una estrella enfriada y que los cielos, añade R. Lenoble, como ya lo había entrevisto Bruno, «son una yuxtaposición de astros equivalentes, que siguen todas las mismas leyes». La tierra desde entonces podía ser comprendida, sentida y

estudiada de la misma manera que se había hecho con el Universo celeste. El conocimiento de la tierra descendía hasta ella desde los cielos y la Sphérica de Pitágoras abría el camino de la Geografía. En consecuencia, las primeras palabras que se introducen en el vocabulario geográfico son una traslación de términos y conceptos de la esfera celeste, elaborados y conocidos ya en la antigüedad clásica, a la terráquea.

Son las de ecuador (Lat. *aequator*); meridiano (Lat. *medius, dies*); trópico (Gr. *τροπικός*, de *τρόπος*, vuelta); equinoccio (Lat. *aequus, nox*); solsticio (Lat. *sol, sistere*); latitud (Lat. *latitudo*) y longitud (Lat. *longitudo*), términos empleados en la Geografía de Claudio Tolomeo, quien al dividir la circunferencia en 360 partes, dio a cada una de ellas el nombre de climax (lat. *gradus*). Y así fue también con otras muchas palabras, como la de ártico, antártico, eje, polo, hemisferio y la designación de los distintos puntos cardinales. Era el vocabulario correspondiente a una ciencia que se inscribe en el espacio mental del sistema sideral de Aristóteles y Tolomeo y que en forma parcial habría de llegar hasta el siglo XVIII. Pero ya antes había tenido lugar la revolución introducida en este espacio por Nicolás de Cusa y con mayor amplitud y fuerza aseverativa por Descartes, de lo cual resultó que la tierra era una estrella apagada y que las rugosidades de su piel, como ya en 1688 había afirmado Pierre Perrault, comparadas con la magnitud del radio terrestre sólo significan una minutísima fracción, comparable a lo que en la piel de una naranja pueden representar las rugosidades y poros que superficialmente alteran su uniformidad. Pero este es el tema propio de la geografía, que no es el de los espacios siderales, ni siquiera el del globo terrestre entero alcanzando sus entrañas, sino el de su leve y su-

perficial epidermis, en la cual concurren y entablan diálogo los cuatro clásicos elementos: la tierra, como elemento y no como planeta, el agua, el aire y el fuego, y sobre los cuales y como resultado de su conjunción y entendimiento, a las tres envolturas constituidas por la litosfera, la hidrosfera y la atmósfera, se superpone como resultante la biosfera, y aún sobre ella la noosfera, la esfera de la conciencia y el pensamiento, siguiendo la cosmología filosófica del padre Teilhard de Chardin.

I

De montium admiratione

Tanto como admirada la montaña ha sido temida, más que amada. Existe de ello una tradición, que procedente de remotos orígenes ha perdurado en la creencia popular hasta nuestros días. La montaña durante mucho tiempo ha pertenecido al dominio del *mythos* y no al del *logos*, poblada unas veces de genios amables, hadas, elfos, gnomos; otras de genios malignos, monstruos, dragones, grifos, guardadores a veces de recónditos tesoros. Es que la montaña por sus formas y alturas, a veces imponentes y casi inaccesibles, ha inspirado, dentro del sentimiento general de la naturaleza, reacciones muy diferentes de las apacibles y confortadoras que pueden producir el valle, el collado, la colina, o la llanura.

En unas bellas páginas dedicadas por Américo Castro a las «actitudes frente al paisaje», dice que «el tema de la observación y representación del paisaje ha permanecido estacionario durante milenios, en todo caso, con variaciones de escasa transcendencia». Los griegos admiraron la grandeza de la montaña, pero hicieron de ella la morada de los dioses. Los romanos prefirieron la llanura y las formas de relieve más fácilmente alcanzadas por el hombre,

dejando fuera de su visión y sensibilidad aquellas otras que no convenían a sus pragmáticos intereses.

La actitud ante la montaña empieza a cambiar con los humanistas del Renacimiento, quienes a pesar de su devoción por los textos e ideas heredados de la antigüedad clásica, comienzan a ponerse en contacto con la naturaleza y a experimentar ante ella reacciones estéticas y sentimentales, que en este, como en tantos aspectos, presagian la sensibilidad de los tiempos modernos.

Si Petrarca se halla en el filo o divisoria de estas dos vertientes de sensibilidad, y su cita es obligada y sobre su consideración hemos de detenernos, la nueva sensibilidad aparece ya lograda y madura en la obra de uno de los mayores humanistas y naturalistas del Renacimiento. Se trata de Conrado Gesner, en cuyas obras de naturalista y en otros escritos y pasajes de su vida se nos aparece manifiesta su vocación por el goce y el conocimiento de la montaña, pues en Gesner se aúnan el goce estético producido por el bosque, la roca o el brillo y la belleza de una flor alpina con la alegría que le produce el conocer las razones de su presencia e incluso de su colorido.

Pero para nuestro objeto las páginas de Gesner cuyo recuerdo nos interesa ahora evocar son las de la *Epistola ad Jacobum Avienum de Montium Admiracione*. La epístola aparece publicada en Zürich en 1543, aunque su fecha es de 1541. Va dirigida a su amigo Vogel (Avienus) de Glarus e incluida dentro del tratado que lleva el título de *Libellus de Lacte et Operibus Lactariis*. En ella, expresando su admiración, dice que él, en los años que Dios le conceda de vida «ascenderá a varias montañas, o por lo menos a una cada año, en la estación en que la vegetación se encuentra en floración, en parte por el propósito de examinarlas y en parte por el buen ejercicio del cuerpo y para

delicia de la mente». No puede encontrarse más claramente expresado el sentimiento estético del conocimiento.

Doce años más tarde y siguiendo dentro del mismo pensamiento, Gesner publicaba su *Descriptio Montis Fracti sive Montis Pilati*. Pero ya para entonces Gesner, según él mismo dice, había subido a otras cimas más altas y estaba coleccionando materiales para un libro más amplio sobre los Alpes. Era por los mismos tiempos en los que el Emperador Maximiliano, mientras que C. Gesner estudiaba y herborizaba, deportivamente andaba por los Alpes Orientales dedicado a la caza del gamo.

Pero naturalmente, las escaladas de Gesner tuvieron sus precedentes. Entre ellos, el que generalmente se menciona, considerándolo como la primera vez que un hombre subió a una montaña para gozar del espectáculo de lo que desde ella se pudiera divisar, fue, según el famoso y divulgado texto de Jacob Burckhardt, la subida de Petrarca al monte Ventoux. Burckhardt dedica todo un capítulo de su obra al «Descubrimiento de la belleza del paisaje». Entre los antiguos no pasó éste de ser un «género limitado» aunque Homero refleja ya en su obra la impresión de la naturaleza en el hombre. Pero volviendo a Burckhardt, quien nos dice cómo la naturaleza de Petrarca había quedado depurada y libre de toda influencia diabólica por la espiritualidad de San Francisco de Asís, nos recuerda antes de su cita, a Dante, que escala «altos montes con el solo designio de gozar de un vasto panorama. Acaso desde la antigüedad, sea el primero en hacerlo». Se refiere con esto a la escalada hecha por Dante, y referida en el Purgatorio, al Bismantova, en la comarca de Reggio. Sin embargo, y esto es lo que tópicamente se ha repetido, dice que Petrarca, «uno de los primeros hombres completamente modernos, atestigüa de una manera total y con entera decisión la impor-

tancia del paisaje para el alma sensible». Pues Petrarca, que fue geógrafo y cartógrafo, parece que bosquejó el primer mapa de Italia, tuvo una visión de la naturaleza inspirada no en la literatura antigua, sino de una manera directa e inmediata.

Pero acudamos ahora al texto de Petrarca. Su famosa ascensión la describe en una carta escrita a Dionisio de Borgo en la cual habla de su deseo de visitar el monte Ventoso, el más alto de la región en que se encontraba. Es el monte Ventosum (mont Ventoux), en el ayuntamiento de Malaucène, cerca de Valchiusa, cuya altura se aproxima a los 2.000 metros. En la carta dice que su ascensión, entre otros motivos, le fue sugerida por la historia de Livio en el pasaje en que refiere cómo Filipo, rey de Macedonia, ascendió al monte Haemus, desde cuya cima creía que podría divisar los dos mares Adriático y Euxino.

Al describir su viaje cuenta cómo en un vallecillo un pastor viejo trató de disuadirle de continuar su aventura. De la carta a su amigo Dioniso de Borgo, no parece deducirse que Petrarca ascendiera hasta la propia cima del monte Ventoux, sino que anduvo en torno a la misma. Pero lo que aquí nos interesa, en este momento, es la lectura que entonces nos dijo hubo de hacer del libro de *Las Confesiones* de San Agustín, que según su propio testimonio siempre llevaba consigo.

El pasaje, entre otros, del libro, leído y citado por Petrarca, en su original versión latina, es el que a continuación traducimos:

«Y salen los hombre a admirar la altura de los montes, y el oleaje proceloso de la mar, y el fácil y copioso curso de los ríos, y el ámbito del Océano, y las revoluciones y giros de los astros, y no ponen atención en sí mismos».

En la ascensión de Petrarca se ha visto desde Burck-

hardt la personificación del primer hombre que alcanzó la cumbre de una montaña con el objeto, exento de todo otro motivo, de contemplar el espectáculo que desde ella se ofrecía. Forma parte del esquema ideológico de Burckhardt el caracterizar la cultura del Renacimiento italiano por tres grandes descubrimientos: el de la Antigüedad clásica, el de la naturaleza y el del yo personal.

Otros autores, basándose en la lectura y las reflexiones que la página de San Agustín le sugiere a Petrarca, consideran a este como el hombre a caballo en la divisoria de la Edad Media Cristiana y los Tiempos modernos. Pero nosotros creemos, que en realidad, lo que Petrarca hizo al ascender, si llegó a ascender, a la cumbre del monte Ventoux, fue el descubrimiento del tercero de los términos del esquema de Burckhardt: el de la intimidad del yo personal.

Después de su comentario de Petrarca, Burckhardt menciona a Fazio degli Uberti, quien en su *Geografía Rimada*, en 1360, describe el panorama que aparece a su vista desde los montes de Auvernia. A continuación habla de la revelación del paisaje como imagen directa, tal como aparece en los maestros de la escuela flamenca, los hermanos van Eyck, y de Eneas Silvio, en sus viajes de exploración y descripción verdaderamente científicos de la Toscana y parte septentrional del Apenino.

Todos estos precedentes son fáciles de encontrar en la literatura dedicada a la historia de la montaña y especialmente de los Alpes, que según uno de sus cronistas pasa de mil títulos. Pero también es fácil imaginar que en la emigración de los pueblos y en expediciones militares como la de los *Diez mil* en Asia Menor y la de Aníbal en su recorrido desde la Península Ibérica a la Itálica, hubieron de atravesar montañas muy altas. En uno de estos libros aparece la mención de Apolonio de Rodas que 300 años

antes de Jesucristo habla de los Alpes y dice que en los flancos de estas montañas inaccesibles, tenebrosas y cubiertas de bosques oscuros y nieves eternas, barridas por las tempestades e inhospitalarias, habita Boreas, el Dios de los vientos del Norte, cuyo soplo helado se derrama para alcanzar el Universo entero.

Obligada es también la mención, entre estas escaladas, de la que el Rey Pedro III de Aragón hizo en 1280 al Canigó, en los Pirineos Orientales, y la que en 1492, el mismo año en que se hizo el descubrimiento de un mundo nuevo, se llevó a cabo por orden del Rey Carlos VIII de Francia al monte Aiguille, cuya altura supera los 2.000 metros.

Y obligatoria también es la mención de Leonardo da Vinci, que alcanzó el límite de las nieves perpetuas en una de las estribaciones meridionales del monte Rosa, que tal vez es el Mont-Boso, aproximadamente a 2.600 metros, del cual dice que es una cima tan «alta que se levanta casi por encima de las nubes y la nieve cae raramente». Los Alpes, pues, por la magnitud de su masa y alto coronamiento de nieves, fueron percibidos desde muy remota antigüedad, pues al testimonio de Apolonio de Rodas se debe añadir el de Virgilio, quien no tuvo la percepción unitaria del Apenino, montaña de formas macizas y poco abarcales en una visión, pero que, nacido en Mantua y conocedor del Valle del Po, pudo desde éste divisar las cimas nevadas de los Alpes, de las cuales hace mención en *Las Bucólicas* cuando habla de *Alpinas, ah dura nives* y cuando en *Las Geórgicas* canta los *aërias Alpes*.

Todos estos precedentes, sin embargo, se refieren a una visión a distancia de la montaña y no a la penetración en ella. Esto verdaderamente no ocurrió hasta los tiempos del Renacimiento, y después, esta penetración fue abandonada casi durante dos siglos. Nuevamente los dragones

y los malos espíritus vuelven a apoderarse de la montaña. Baste recordar que en una obra, no de pura fantasía sino de pretensiones e incluso realizaciones científicas, la titulada *Itinera Alpina*, editada en Zürich en 1723, un naturalista, Scheuchzer, dedica un estudio a los dragones de las montañas.

Sin embargo, en el mismo siglo XVIII, H. B. de Saussure, después de tres intentos, el 3 de agosto de 1787 coronaba su ascensión al Mont-Blanc, acompañado de un equipo de guías; pero Saussure, que era un hombre de ciencia, a la vez que un humanista, llevaba consigo junto con un ejemplar de las obras de Horacio, y esto es lo nuevo, un equipo de instrumentos científicos. Diez años después terminaba su obra *Voyages dans les Alpes* (1796), en la cual la belleza de las descripciones, la admiración emocional por la belleza y misterio de la montaña, se aunaban con el propósito y el esfuerzo intelectual por un saber científico de ellos. Con la edición de los cuatro volúmenes de su obra, algo nuevo ha hecho aparecer en el horizonte de lo que había hasta ahora sido pura admiración ante la grandeza y hermosura de la montaña.

Pero no hay que olvidar que durante el siglo XVII se había producido un acontecimiento científico que tendría después un gran valor para el estudio de la montaña: fue la invención en 1643 por Torricelli del barómetro. Fue el uso del barómetro el que, en 1648, permitió a Pascal realizar bajo su dirección las mediciones de altura en la falda y en la cima del Puy de Dôme, que tanta importancia iban a tener en la historia de otras futuras mediciones de las alturas montañosas.

Tampoco hay que olvidar que sin barómetro, ya el naturalista e historiador español, el jesuita Padre Acosta, había tenido conciencia de los efectos que la altitud tiene sobre la

disminución correlativa con ella de la temperatura y de la presión atmosférica. Pues una de las figuras más importantes de la geografía francesa contemporánea afirma, refiriéndose al P. Acosta que «ya en 1590 dio una descripción metódica de las perturbaciones causadas por la altitud y presente las causas». Es cuando dice que la tierra baja, situada en la costa, es generalmente cálida y húmeda, por lo cual no es tan sana y está menos poblada; pero la mayor parte de la costa es la que mantiene el comercio de España por mar y en ella están las ciudades, como las de Lima y Trujillo en el Perú, Panamá y Cartagena en Tierra firme, Santo Domingo y Puerto Rico y La Habana en las Islas. Existe una «segunda manera de tierra», que «es por otro extremo muy alta, y por el consiguiente fría y seca, como lo son las sierras comúnmente», la cual es sana y muy habitada, por su riqueza de ganado y de minas. Y después añade «Entre estos dos extremos hay la tierra de mediana altura, que aunque una más o menos que otra, no llegan ni al calor de la costa ni al destemple de pura sierra». Es la distinción entre tierras cálidas, templadas y frías que ha perdurado en toda la geografía hasta nuestros días.

Pero de otra parte continuó el sentimiento puramente estético de admiración, que en el siglo XIX alcanza una de sus más altas cumbres en la literatura y filosofía de John Ruskin, en los cinco libros que dedicó al estudio de la pintura moderna.

Las montañas son para John Ruskin, «el comienzo y fin de todos los paisajes»: cuanto más se acentúa el carácter montañoso de un país, para él, más se acrece su belleza absoluta. «Lo que queda del paraíso perdido se expresa en las pendientes revestidas de praderas floridas, vergeles y campos de trigos, todo ello dominado por rocas y nieves eternas».

Como elementos de su admiración figura primero la riqueza del color: púrpura, violeta, azul de ultramar; espacios de púrpura y un violeta puro, azules de una maravillosa delicadeza cuando pasan las nubes ligeras; sobre las cimas más altas tonos azulados y de púrpura que pasan a un rosa, cuya finura ninguna paleta podría expresar y el azul del cielo se hace más puro y profundo que en la llanura. «Hasta cierto punto se podría afirmar que el hombre que no ha visto nunca el extraordinario color rosa de los primeros rayos del alba, cuando a diez o quince millas visiten las montañas azules, ignora lo que puede ser la finura de los colores. Sabe de la claridad de un bello cielo, del brillo de una flor, pero no tiene ninguna idea del matiz purpúreo invadiendo una montaña lejana».

Pero hay además la belleza del agua, la transparencia luminosa de los lagos alpinos y la de los árboles y la vegetación. Más aún, pues hay que añadir la belleza de las nubes que en la montaña alcanzan una extraordinaria diversidad. «Qué decir», añade J. Ruskin, «de la estética de las nubes».

Formas cuya perfección sorprende, estructuras inesperadas, aspectos que cambian continuamente. «Las montañas han sido creadas como escuelas y catedrales; para los sabios son preciosos manuscritos, de enseñanzas simples e instructivas; para los excursionistas, simple atención; claustros silenciosos para los filósofos y los pensadores; para los adoradores sinceros y de corazón puro, santuarios luminosos».

La obra de Ruskin tuvo una gran influencia como estímulo vivificador de la admiración de la montaña, al mismo tiempo que contribuyó a su descubrimiento y exploración, especialmente en Inglaterra, influencia que alcanzó también al continente. La Gran Bretaña no es un país

de altas montañas ya que la culminación mayor de la isla, el Ben Nevis, no llega a la altitud de 1500 metros. Pero no hay que olvidar que Inglaterra ha sido creadora del deporte, asociado a la aventura. En este ambiente de admiración, aventura y deporte se movió Whymper, que tan alto valor y significación tuvo en la historia del alpinismo. Dentro de este mismo ambiente y clima se encuentran la fundación en Londres en 1857 del primer Club Alpino y en 1863 el comienzo de la publicación de la revista *Alpine Journal*.

Junto al alpinismo romántico y heroico, se va desarrollando el alpinismo científico, el deportivo e incluso el que pudiéramos llamar acrobático, que tiene su más estimulante expresión en lo que se ha llamado para las cimas de más peligrosa escalada la conquista de la cara norte, generalmente la más arriesgada por el espesor que en ella alcanzan los hielos. Con frecuencia lo heroico, lo deportivo y la medición metódica de alturas y otros fenómenos van asociados, siendo la propugnadora de esta tendencia la llamada escuela de Munich.

El alpinismo romántico y heroico ha pervivido en nuestro siglo y de ahí la titulación frecuente en los libros dedicados a esta especialidad de *Montaña heroica*, *Conquista de la montaña*, *Epopeya alpina*, etc. Muy expresivo de esta inspiración es el título *Révélation de la Montagne*, que lleva la traducción francesa del libro de Julio Kugy, *Aus dem Leben eines Bergsteigers*. Julio Kugy (1858-1944) nacido austriaco, en Trieste, y muerto en Italia, es verdaderamente una figura muy representativa, incluso por la fusión que en su sensibilidad se hizo de la montaña y de la música. *Arbeit, Musik, Berger!* (1931) es el título de una de sus obras y cuyas son estas palabras: «El término de deporte alpestre me ha caído siempre un poco mal. Me

parece demasiado superficial, porque lo que se debe buscar en la montaña no es una sala de gimnasia, sino su alma». Y también estas otras: «porque para mí, el alpinismo es un asunto de corazón».

Un sociólogo americano, Pitirim A. Sorokin, haciendo aplicación de los métodos del análisis cuantitativo al estudio de la representación del paisaje, con referencia especial al de Europa Occidental, ha calculado la proporción que a este ha sido dedicada en las artes plásticas o en la literatura en distintos países europeos. Para ello parte como base de la teoría de Víctor de Laprade y de su idea de que la mentalidad de una cultura se refleja mejor en el arte que en la ciencia, pues la poesía y el arte tienen sobre ésta la ventaja de que ellas nos ponen en relación «con la intimidad del hombre a través de las edades». En este pensamiento se apoyó A. Dauzat, en su ya clásica obra *Le sentiment de la nature et son expression artistique*, en donde afirma que «históricamente el sentimiento de la naturaleza es posterior al sentimiento artístico, cuyas formas rudimentarias encontramos entre los hombres de las cavernas». También Laprade había dicho que, a pesar de la creencia de que la ciencia y la industria han asegurado el dominio del hombre sobre la naturaleza, en ninguna otra época el espíritu humano ha sufrido la dominación del mundo externo como en nuestros tiempos y que la tiranía de las cosas materiales sobre las espirituales crece con el progreso de la ciencia y de la técnica.

Este tema, nos recuerda Sorokin, ha sido tratado con mayor documentación por varios especialistas franceses de *L'École d'Art* en una obra colectiva que lleva el título de *Histoire du paysage en France*. Las conclusiones a que llegan sus autores es que hasta el siglo XV no existe el paisaje como tal y que el paisaje real no existió en el arte

oriental ni el arte antiguo. En el siglo xv aparece la representación de un paisaje real; en el xvi se produce un decrecimiento por lo menos cuantitativo; en el xvii acaba por ser abandonado bajo la influencia del arte académico; en el siglo xviii, especialmente alrededor de los años de 1730 a 1740, el paisaje pastoril, idílico y romántico, rusioniano, toma un desarrollo sorprendente, lo que ha hecho decir que el paisaje es una creación de aquel siglo. Pero, en los tiempos de la Revolución y del Imperio, el paisaje sufre un retroceso, hasta que se produce hacia 1830 la explosión del Romanticismo, y después de un paréntesis recesivo, con el naturalismo y el impresionismo, el paisaje alcanza su mayor desarrollo cualitativo y cuantitativo en los siglos xix y xx. Este esquema es valedero para casi todos los países de Europa Occidental con la excepción de Flandes. Lo que hasta entonces había existido era el paisaje simbólico, pero no lo que Sorokin llama el paisaje visual. Pero entrando en lo que constituye la aportación más original de su trabajo, en el estudio de las frecuencias con las cuales el paisaje y sus diversos temas han encontrado expresión en el arte occidental, y seleccionando con referencia al objeto que tratamos, el de la montaña, nos encontramos con que en los gráficos en que aparece representada la fluctuación de los temas de arte en toda Europa, mientras que la representación de animales y naturaleza muerta decae hasta nuestro siglo, la pintura de género sigue una curva ascendente, sólo seguida por la del paisaje, y que la del retrato, después de su culminación antes de 1800 tiende a decaer. Y dentro de los temas del paisaje, con excepción de Holanda y después de Inglaterra en donde la preferencia es dada al mar, la montaña sigue una curva ascendente en Italia, Francia, España y Europa Central hasta el año 1900, a partir del cual empieza a ceder su primacía a la marina.

Lo que hay en la exploración cuantitativa de Sorokin y en su significación psicológica y cultural, como reacción contra la exaltación romántica del sentimiento de la montaña, en nombre, no de un neoclasicismo, sino simplemente de la moderación, lo expresó ya Ortega en 1929 en su ensayo *El alpe y la sierra*. Situado en Cauterets, el que fue un día «lugar de veraneo romántico», Ortega dice: el de Cauterets es un paisaje que «no nos va», «es un paisaje vertical en un valle angostísimo» en el cual es necesario levantar «por completo la cabeza» para contemplar «una ladera que asciende casi perpendicularmente», y que termina en unas «calvas rocas o neveros». Un lugar en «donde mirar» es «una virtual emigración al firmamento», «una ascensión». «Decididamente», dice, «este es un paisaje sublime, y lo sublime es una de las cosas más extemporáneas». Pero en cambio esta sublimidad era lo que atraía al hombre del Romanticismo, el cual «buscaba en la vida la embriaguez». «Sólo se encontraba a gusto cuando perdía la serenidad». Por todo lo cual, Ortega, frente al alpe, declara su preferencia por la moderación de la montaña, cuyas excelencias proclama en los siguientes pasajes:

«El alpe y la sierra son dos estilos de montaña que responden a dos estilos de sensibilidad. El alpe lo fía todo a su masa gigante. No hay manera de verlo de una sola mirada, porque su mole excede siempre nuestro campo visual, inunda nuestro horizonte, y es menester zurcir vista tras vista para hacerse vagamente cargo de su forma. Por el contrario, las moderadas dimensiones de la sierra le permiten instalarse holgadamente en nuestro horizonte, dibujar claro sobre el cielo su perfil, gracioso y expresivo como un gesto, como un rostro viviente. La sierra es una escultura luminosa ante nosotros. No anula la llanura; antes bien, la subraya naciendo de ella, conviviendo con ella

en perenne diálogo plástico, hasta el punto de que la sierra supone siempre una llanura que se ve desde su falda y su cima, como, viceversa, íntegra la sierra se ve desde la planicie. Mas el alpe se niega toscamente a formar paisaje con el llano, lo excluye con agrias maneras, quiere ser sólo él».

Una vez más, como en otros lugares, circunstancias y referencias, Ortega pone las cosas en su sitio y nos deja en estas páginas una lección, que de la estética trasciende a la moral, de sobria y elegante medida.

II

De nominatione montium

Entre los diez nombres escogidos por Fray Luis de León como aquellos que con mayor frecuencia se dan en las Escrituras a Cristo, figura el de Monte. Pero, en el libro de Fray Luis, los tres jóvenes en los que se proyectan el espíritu y la personalidad del autor, reunidos en una huerta grande y bien poblada de árboles en la ribera del Tormes, antes de empezar su comentario y disertación, se preguntan por la significación de la palabra «nombre» y su oficio. «Tratemos, dice uno de ellos, qué cosa es esto que llamamos nombre y qué oficio tiene y por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner...».

«El nombre» —se dice en este primer coloquio—, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento». Siguen los tres amigos su coloquio y uno de ellos vuelve a decir que existen «dos maneras o dos diferencias de nombres: unos que están en el alma y otros que suenan en la boca. Los primeros son: El ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la



boca del que como las entiende las declara y saca a la luz con palabras. Entre los cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas veces, sustitutos de aquellos cuyos nombres son».

Como toda ciencia o conocimiento que aspire a la calidad y categoría de un saber científico, la geomorfología o tratamiento de las formas de relieve terrestre necesita para ser considerada como tal de la delimitación de un objeto propio, de un método y de un vocabulario. Precisamente los progresos de la ciencia a que nos referimos, y volvemos a repetir, como los de toda ciencia, van solidariamente unidos al enriquecimiento, precisión y finura de matices de su expresión literaria o cartográfica.

Ello se ha logrado en un lento y laborioso proceso. El vocabulario de la geomorfología comienza como derivado de expresiones populares, las cuales unas van siendo adoptadas por los geógrafos, dotándolas de una significación más precisa y unívoca y otras, ya en nuestros tiempos, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, son creaciones nuevas.

Para nuestro objeto comenzaremos por distinguir entre formas mayores y menores o accidentes de detalle. Precisa también la distinción entre nombres propios, es decir, aquellos que evocan la forma concreta e individualizada, y nombres genéricos en los cuales las formas, por su analogía, se reúnen en familias, géneros o especies, como se hace en la botánica y otros dominios de las ciencias naturales.

En el origen de los nombres propios hay también una larga historia de aproximaciones, derivadas de la incapacidad de abarcar en unidad y conjunto una serie de accidentes montañosos conexiónados y la tendencia a nombrar, como conocidos, los más concretos e inmediatos. Percibidas como unidad, a distancia, las montañas son en el lenguaje

popular con gran frecuencia nombradas por su color, percibidas como una sola pincelada en el horizonte, que sólo con gran finura de visión puede ser diferenciada y matizada. De aquí la frecuencia con que las montañas son nombradas por su coloración. Son las montañas y picos azules cuando las contemplamos a distancia y velados por la bruma sus formas y colores. Frecuentes también son las denominaciones de las montañas como blancas, nevadas, o incluso como montañas de la luna. Recordemos tan solo el Mont-Blanc, máxima altitud de los Alpes y nuestra Sierra Nevada, que como nos recuerda Asín Palacios es traducción fiel del nombre con que la citan los geógrafos árabes (Yabal al-talý, «Sierra de la Nieve»), y que los españoles introdujeron en el continente americano, sirviendo incluso para bautizar uno de los Estados Unidos de América del Norte. Hay también montañas verdes, como en este mismo país las de Vermont. Hay montañas negras. Pueden serlo por la coloración que les presta una determinada vegetación, como la Schwarzwald alemana, o debido a la tonalidad cromática del roquedo de que están hechas, o por ambas causas a la vez. Esto sucede en la región Mediterránea, en donde, en el cingulo montañoso que en la mayor parte de su extensión respalda este mar, la caliza, blanca, gris, dorada, es el material rocoso dominante; pero pinzados en los pliegues calcáreos, y elevados en su plegamiento, aparecen isleos de macizos antiguos, contra los cuales se ejerció la presión dislocadora de los plegamientos alpinos, que entre las calizas destacan por su color oscuro. Son los que dan lugar a los topónimos montañosos de Montnegre entre nosotros y al de Chernagora en la península balcánica. Otras circunstancias pueden servir para nombrar las montañas, así cuando las nubes adheridas a una cumbre toman la apariencia de una humareda; como

las grandes avalanchas que en los Andes han sido motivo para dar a uno de sus picos el nombre de Tronador y en el Brasil el de Roncador a una sierra por el ronquido que en ella produce el soplo de los vientos. Otras veces son nombres tomados de los pueblos y razas que la montaña poblaron; y ya en tiempo contemporáneo, nombres con los que se bautizó a la montaña hicieron honor a su descubridor o como dedicación al rey, reina o jefe del Estado de que aquél era súbdito.

El cambio de nombres, tan frecuente como acompañamiento de otro de tipo político, no sólo ha afectado a calles, paseos, plazas y ciudades, sino a algunos grandes accidentes geográficos. Valga como ejemplo el de la U.R.S.S., en donde dos grandes cimas del Cáucaso fueron desposeídas de sus nombres tradicionales y rebautizadas con los de las dos grandes figuras que encabezaron la revolución, habiendo sido uno de ellos borrado de los mapas en el proceso desestalinizador en el que se vieron implicadas igualmente algunas ciudades de la U.R.S.S. y de otros países socialistas.

Monte, montaña, sierra, cordillera, meseta

Son las formas de relieve mayores. Todas ellas parten en común de la noción de altura o altitud con respecto al nivel del mar o al de un nivel terrestre, a su vez elevado con respecto a aquél, con lo cual habrá que distinguir por consiguiente entre altitud absoluta y relativa. Estos no siempre son términos de precisa significación. Los de monte y montaña es frecuente que sean empleados como sinónimos, como común es su derivación etimológica; pero ya en los escritores latinos se distingue también entre la mon-

taña aislada o *mons* y *montanea* para designar un conjunto montañoso. En tiempos posteriores se produce la confusión entre los dos términos, pero con tendencia a reservar la palabra *monte* para figuras de relieve aisladas, y para un conjunto montañoso el de montaña o el de montes, empleando entonces el plural. Montes Pirineos se dirá frecuentemente, hasta nuestros días, para designar lo que con mayor precisión es una cordillera o sistema montañoso.

En cuanto a la palabra *montaña* tiene aún otra significación en el continente americano que también tuvo en España: la de una formación vegetal, como conserva entre nosotros, junto a la de forma de relieve, la palabra *monte*.

Efectivamente, en los Andes se distinguen tres grandes regiones geográficas y de relieve con denominaciones que se conservan especialmente en su sector central, en el de los Andes del Perú y Bolivia. Son las regiones del litoral, o de la costa, la de la sierra y la montañosa. En este caso, *montaña*, que es la vertiente amazónica de la rama oriental de los Andes, no tiene la acepción propiamente de matorral, monte bajo, ni siquiera la de monte alto, como pudo tener en España antes de que aquí perdiera su significación vegetal y se efectuara su trasplante a América. La *montaña* en América del Sur, es la vertiente oriental de los Andes, en declive hacia la cuenca del Amazonas, y que con ésta participa de los caracteres del clima y vegetación propios de esta región, abierta a la penetración de los vientos alisios, y por consiguiente, dada la conjunción de calor y humedad, cubierta de vegetación tropical, por lo que *montaña* es el equivalente de selva. Hasta tal punto es esto cierto que el nombre de *montaña* se aplicó no sólo a la vertiente por la que la selva trepa, sino incluso a la parte de los llanos amazónicos que confinan con ella. Fray Buenaventura Uriarte, obispo de Perú (*La Montaña del Perú*, Lima,

1938) explica cómo a los llanos amazónicos se les nombró como *montaña*, probablemente «porque la cordillera da acceso a ello, y sobre todo por las quebradas abruptas y los ásperos contrafuertes que fueron lo primero que conocieron los primeros exploradores». A la diferencia existente en el sentido de la latitud entre Andes húmedos y Andes secos, corresponde la disimetría climática y vegetal, mucho más acusada, aunque también existente en los primeros, entre la vertiente occidental o del Pacífico y la vertiente oriental, pues en los Andes secos desde el grado 38 de latitud sur hasta el Ecuador, en términos aproximados, se deja sentir la influencia de la corriente fría de Humboldt que, al impedir la evaporación de las aguas marinas, además de influir en la temperatura de las aguas, determina, en la costa y baja vertiente de los Andes occidentales, la aparición de una zona árida.

Si la distinción entre *monte* y *montaña*, prescindiendo de una posible significación como formaciones vegetales y consideradas simplemente como formas de relieve, puede hacerse no sólo por su diferencia de altitud, sino por la extensión del espacio ocupado, entre las de *sierra* y *cordillera* se puede seguir en primer lugar un criterio semejante. La palabra *sierra* es muy antigua en la lengua española. Abundantes son los textos medievales que lo acreditan.

Más tardía es la palabra *cordillera*. El texto más antiguo que figura en el Diccionario de Autoridades es el de la *Historia* del padre Mariana (1601) y como definición se da en el mismo la de «una continuación de algunas montañas o cerros, que por alguna distancia se siguen unas a otras en derechura». Pero con anterioridad, en la historia de Carlos V de Fray Prudencio Sandoval se habla de «cordilleras de unos montoncillos que hay de Monviedro a Almenara».

Volviendo otra vez al testimonio de Fray Luis, con cuya

referencia comenzamos este capítulo, al explicar por qué a Cristo se le da el nombre de Monte en la Escritura, lo justifica por razón de su elevación y de su eminencia sobre las otras criaturas de la tierra; porque el monte alto «en la cumbre se toca de nubes y la traspasa, y parece que llega hasta el cielo, y en las faldas cría viñas y mieses y da pastos saludables a los ganados», y después entre «montes que suben seguidos hasta lo alto, y en lo alto hacen una sola punta y redonda, y otros que hacen muchas puntas y están compuestos de muchos cerros; y así Cristo no es monte como los primeros, eminente y excelente en una sola cosa, sino monte hecho de montes». «Montes de cerros». Estos montes son verdaderas sierras o cordilleras y clara queda la distinción entre éstas, como conjunto montañoso, y el monte aislado.

Pero la palabra *cordillera* ya estaba en uso en el siglo XVI, siendo abundantes los textos que pueden aducirse. Entre los historiadores de Indias citemos el testimonio de Ercilla cuando habla de «la grande cordillera y alta sierra»; el del padre Bernabé Cobo cuando habla de «cordilleras nevadas»; el de Alonso de Herrera que hace referencia a «la cordillera que atraviesa la tierra de Nueva España» y con referencia a España el de Gabriel Alonso de Herrera en el pasaje en que nos dice que fue comisionado para «recorrer las cordilleras de Granada».

Con mucha frecuencia también emplea la palabra *cordillera* en su *Crónica del Perú* Pedro Cieza de León, quien en 1547 recorrió detenidamente este país y en 1553 hizo imprimir en Sevilla la primera parte de su obra. Con referencia a los Andes emplea unas veces, juntas o por separado, las palabras *cordillera* y *sierra*, pero otras veces dice *cordilleras de sierras*, con lo cual establece una relación jerárquica entre una y otra forma de relieve. Por lo que res-

pecta a la vertiente oriental, la voz que emplea es la de montaña, mientras que las palabras preferidas para los Andes son las de sierra, en singular o plural, y serranías.

La etimología de la palabra *cordillera* aparece clara en lengua castellana; deriva de *cuerda*, *cordel*, *cordal*. Etimología precisa y clara cuando se trata de un conjunto de montes o montañas enlazadas que siguen una misma dirección como si estuvieran trazadas a cordel. Con esta misma etimología emplearon los geógrafos franceses la palabra *cordillera* (*cordillère*), que en la geografía científica francesa fue sustituida por la de *chaîne*, que nosotros hemos traducido literalmente por cadena. Pero entre nosotros esta palabra no ha tenido mucha aceptación y las preferencias han sido dadas a la palabra *cordillera*, a veces a la de sierra y por último a la de sistema. Así se nombran y figuran en los mapas la cordillera Pirenaica, la Cantábrica, la Ibérica. Pero en el gran accidente tectónico que por el sur limita la meseta en descenso al valle del Guadalquivir la denominación de Sierra Morena, que data de antiguo, sustituida durante algún tiempo por la de cordillera Mariánica, ha vuelto a imponerse en los libros de geografía.

Más tardía es la aparición de la palabra *sistema* en el moderno vocabulario geográfico para designar las grandes cordilleras e incluso las que, como los Pirineos y los Alpes, tienen una conexión tectónica. La palabra *sistema* aparece ya empleada en nuestra geografía por Vilanova Piera en 1860, al decir: «Cuando varias cordilleras siguen una misma dirección media, toman el nombre de sistema». Macías Picavea, siendo Catedrático de Geografía e Historia en 1895 en el Instituto de Valladolid, publicó un *Compendio didáctico y razonado de Geografía elemental* dedicado a sus alumnos de bachillerato, en el cual, en el capítulo de orografía, emplea para las grandes montañas españolas el

nombre de *sistema*, distinguiendo los siguientes: el Sistema Pirenaico, el Ibérico, el Sistema Central, nombre, pues, que ya por entonces sustituye al de cordillera Carpeto-Vetónica, y los sistemas Lusitano y Oriental. El nombre de cordillera Oretana aparece también ya sustituido por el de Montes de Toledo, y en cuanto a las montañas andaluzas, a la denominación de cordillera prefiere, en sus diversos sectores, el de sierra, diciendo que la llamada cordillera Penibética es la divisoria meridional del valle del Guadalquivir, constituida por el macizo de Sierra Nevada, las Sierras de Gádor, Contraviesa, Almirajara, Antequera, Tolox y Sierra Bermeja, con su terminación en los promontorios de Gibraltar y Tarifa.

Por lo que respecta a la palabra *sierra*, el Diccionario de Autoridades dice ser «cordillera de montes, o peñascos cortados, por lo que semeja a los dientes de la sierra». Es lo que había dicho Sebastián de Covarrubias en su «Tesoro de la lengua castellana o española» publicada en 1611. En él define *cordillera* como el «lomo que hace alguna tierra, seguido, igual, que parece ir a cordel»; de *selva* dice «que equivale a montaña»; de *serranía*, que es tierra montañosa, y de *sierra*, «tierra montañosa y desigual que con sus peñascos resquebrajados semeja a los dientes de la sierra instrumento». Aunque recoge también la opinión del padre Guadix que dice ser nombre arábigo con la significación de desierto. Por su parte Corominas aduce como textos medievales los del Poema del Cid, de Gonzalo de Berceo y de Juan Ruiz, y afirma que se trata de una metáfora por comparación del aspecto dentado de las cordilleras y que es palabra muy extendida en el romance medieval, por lo que rechaza rotundamente la opinión, que califica de audaz, de Gröhler cuando la considera como una palabra prerromana. Pero lo cierto es que en el mismo *error audaz*

de Gröhler han incurrido otros autores en Francia y en Italia. Las palabras: española *sierra*, italiana *serre*, portuguesa *serra*, francesa *serre*, afirma un gran geógrafo francés, H. Baulig, consideradas como derivadas del latín *serra* que significa *sierra*, según la opinión general, tanto en Italia como en España no designan solamente crestas dentadas, sino también montañas cuya parte culminante no presenta el aspecto de una sierra. Esta es también la opinión de Olinto Marinelli y por su parte C. Graso alega que en Sicilia la palabra *serra* en una montaña designa la cima de ésta, y que en los Abruzzos no solamente designa una montaña sino un cerro de forma alargada. Continuando su razonamiento, Baulig hace ver que la palabra *sierra* se aplica a relieves de formas muy diversas y que las formas más significativas son: «En italiano, *Serrapiana*; en francés, *Serre des Planes*, *Serre-Plat* y *Serraplâa* (Bajos-Pirineos); y en fin en español, *Sierras Planas*, que en Asturias designan terrazas de erosión litoral». Después analiza otros topónimos compuestos con la palabra *serre* en los que la forma de sierra se halla completamente ausente, llegando a la conclusión de que la palabra *sierra* designa de una manera general a una montaña y especialmente una montaña alargada, lo mismo si su figura y su perfil es aserrado como si no lo es. «La etimología por el latín *serra*, dice, es por lo menos sospechosa». «Parece más bien probable que se trate de una de estas palabras muy antiguas anteriores a la romanización de nuestro país, que se han conservado en el vocabulario geográfico popular».

Por lo que respecta a la palabra *alpe* o *alpes*, aunque no existe rigurosa unanimidad y evidencia, la mayor parte de los que la emplean y sobre su significado han discurrido, convienen en su sentido de alta pradera de montaña. A propósito de lo cual se podría recordar con Jules Guex,

a la vez alpinista y filólogo, la idea, que él considera como un verdadero axioma, de que «en la montaña «muy a menudo, los nombres suben». «La mayor parte de las cimas, añade, situadas por encima de la región de las praderas alpinas han recibido muy tarde, e incluso muy recientemente, su denominación». Interesante sería también establecer su relación, tal vez identificación, con la palabra «braña», tema sobre el que nos proponemos insistir en otra ocasión.

Volviendo a la Península Ibérica, si descendemos de las cordilleras y sierras, entre estas y las depresiones o grandes valles del Ebro, del Guadalquivir y la depresión Central Portuguesa, a las cuales hay que añadir una estrecha faja de llanuras litorales, existe un peldaño intermedio, la *Meseta*, que es uno de los rasgos configurativos más originales de la geografía peninsular, con significación que transcende del ámbito puramente geológico y geográfico-físico y alcanza al de la geografía humana, en el cual, incurriendo a veces en relaciones deterministas, se han buscado explicaciones de nuestra historia, cultura e incluso de nuestros rasgos etnográficos y temperamentales.

Curiosa y llena de interés es la aventura semántica de esta palabra, *meseta*, que empleada para designar formas de relieve menores, acaba por dar su nombre a una de las piezas mayores de la geografía peninsular, y uno de sus elementos geográfico-geológico más originales, sin analogía en los restantes países europeos. Un elemento, en nuestra geografía física, extraeuropeo, cuyas analogías hay que buscar en los continentes africano, asiático y americano. La palabra *meseta*, en efecto, hace su aparición como derivada en diminutivo de la palabra *mesa*, aplicada al piso horizontal en que remata un tramo de escalera, y por extensión a un terreno elevado y llano rodeado de valles o

barrancos, así como a la cima truncada de una montaña. En el *Diccionario de voces españolas geográficas*, que debió de escribirse a principios del siglo XIX, después de definir *mesa* como: «La llanura de tierra que a sus costados tiene bajadas, valles, o barrancos profundos, como la Meseta de Ocaña» y la Mesa de Asta cerca de Jerez, se dice que *meseta* es diminutivo de *mesa*, que como ella es llanura de tierra circundada de valles o barrancos profundos, y como ejemplo cita el de la Meseta de Orán. Del mismo modo Pedro Cieza de León, a mediados del siglo XVI, en su citada *Crónica del Perú*, que es uno de los testimonios más antiguos que acerca del uso de la palabra *meseta* pueden encontrarse, al hablar de la ciudad de Popayán, actualmente en la parte meridional de Colombia, dice que: «El sitio de la ciudad está en una meseta alta, en muy buen asiento, el más sano y de mejor temple que hay en toda la gobernación de Popayán y aún en la mayor parte del Perú». Pero la meseta de Popayán es un ensanchamiento de la rama occidental de los Andes, con lo cual el testimonio de Cieza viene a confirmar la idea del empleo con significado de diminutivo de la palabra, pues no lo emplea para grandes y altas extensiones llanas de los Andes.

Con referencia a la Península Ibérica y a la gran Meseta Central Española, hay que distinguir entre su descubrimiento como hecho geográfico, de importancia tan grande en la configuración peninsular, y el de su nominación, pues si tardío ha sido el primero, más lo ha sido la segunda. En cuanto a su descubrimiento, no hay dudas acerca de su atribución al gran geógrafo Alejandro de Humboldt. Fue con motivo de su primera visita a España, en una etapa que él pensaba sería la iniciación de un viaje a Egipto y países orientales y que, cambiando totalmente de rumbo, se convirtió en un viaje a la América Española. Humboldt

entró en España acompañado del botánico francés Bonpland por los Pirineos, concretamente por el paso de la Junquera a principios del año 1799. Siguió el litoral catalán y levantino hasta Valencia y después ascendió a los llanos de Almansa, precisamente en donde la Meseta se acerca más al Mediterráneo, entre las últimas estribaciones del sistema Ibérico y las montañas Béticas, y desde allí por Quintanar de la Orden, Ocaña y Aranjuez, alcanzó Madrid. Lo verdaderamente importante de este viaje es que Humboldt lo hizo barómetro en mano, no sólo observando la petrografía y geología del terreno, sino haciendo a lo largo de su camino, y a derecha e izquierda, mediciones barométricas de altura, hallando como resultado que al final de su ascensión se encontraba en una llanura alta, es decir, una meseta o altiplanicie, precisamente en Albacete, topónimo árabe cuyo significado es el de «el llano». El descubrimiento de Humboldt aparece en una comunicación que, con vistas a ser publicada en la revista *Hertha*, envió al geógrafo Berghaus en 1822. En la revista apareció, efectivamente, con el título «über die Gestalt und das klima des Hochlandes in der Iberischen Halbinsel». Es cierto que lo publicado en *Hertha* no es exactamente lo que Humboldt envió, pues, como ha demostrado el gran estudioso de la obra de Humboldt, Hans Beck, el texto original fue reducido para no repetir lo que unos meses antes había escrito Eschwege relativo a sus mediciones altimétricas hechas en Portugal. «De todos modos, lo publicado en *Hertha*», dice Amando Melón, «basta para conocer la aportación de Humboldt a la geografía de España y para conocer la ruta en detalle que siguió en nuestro país. En su integridad el texto enviado por Humboldt a Berghaus se publica en 1863, en la correspondencia cruzada entre ambos en los años de 1825 a 1858». En la traducción francesa del

texto de Humboldt, publicada por Laborde en su *Itinéraire descriptive de l'Espagne...* en 1808, se dice que «L'intérieur de l'Espagne est un plateau, et parmi les plateaux de l'Europe qui occupent une grande étendue de terrain, c'est le plus élevé».

Pero, como en su documentado estudio sobre el concepto de meseta española y su descubrimiento ha demostrado Luis Solé Sabarís, debido en gran parte a la carencia de mapa geológicos y topográficos de la Península, el concepto de meseta no adquiere carta de naturaleza entre nosotros hasta ya mediado el siglo XIX y la palabra *meseta*, cuando se emplea, se hace como sinónimo de *mesa*, y referido a pequeñas unidades, todo lo más comarcales, y no a la gran Meseta central española.

En consecuencia, reconocido el valor que la meseta tiene como gran unidad del relieve peninsular, más tardía como hemos dicho fue su nominación. Esta va apareciendo entre los geólogos y geógrafos españoles en la segunda mitad del siglo XIX y mejor aún en el último tercio de este. Concretamente, en la obra del gran geólogo gaditano Macpherson, en una serie de estudios que empiezan en 1873 y culminan en 1901 con la publicación de su *Ensayo histórico evolutivo de la Península Ibérica*, en los cuales ya aparece la noción de Meseta Central. A la formación de este concepto contribuyó de otra parte el geógrafo francés E. Reclus en su *Nouvelle Géographie Universelle*, cuya primera edición apareció en París en 1876. Sobre estas bases, geólogos y geógrafos españoles trabajaron hasta que ya en nuestro siglo Eduardo Hernández Pacheco y Juan Dantín Cereceda, en sus escritos y mapas a ellos adjuntos, dejaron definitivamente establecido el concepto de la Meseta como unidad fundamental del solar Ibérico.

Tardía también, y como prueba de que la palabra *me-*

seta se empleó en un principio como diminutivo de mesa para unidades menores de relieve, fue la introducción de la palabra por los españoles en América. Ya hemos citado el testimonio de Cieza de León. En América se introdujo la palabra *mesa*, con la significación que ya hemos dicho; y para los Andes, en la parte septentrional de estos, aproximadamente en los llamados Andes húmedos hasta el Ecuador, la palabra que se aplicó y aún perdura para nombrar las altas mesetas andinas es la de *páramo*, mientras que en los Andes meridionales perduró y aún perdura la voz quechua *puna*, e incluso la de *pampa*, hasta el punto de que se podría afirmar que, en términos aproximados, esta nominación coincide con los límites del antiguo Imperio de los Incas.

Por lo que respecta a la palabra *páramo*, que acabamos de nombrar, desde Sebastián de Covarrubias aparece definida como campo desierto, raso y descubierto a todos los vientos, definición recogida en el Diccionario de Autoridades. Pero como este tipo de campo es propio de tierras altas y frías, antes de que la palabra *meseta* se afirmara, comparte alternativamente su uso con ésta en el sentido de tierra alta y llana. Solamente cuando ya en nuestro siglo se afirma el carácter de gran unidad morfológica de la meseta, la palabra *páramo* se reduce a designar accidentes o divisiones puramente comarcales. Para Hernández Pacheco, dentro de la meseta, la palabra *páramo* es reservada para las tablas calcáreas que recubren lo que fue la superficie original de aquella y que la erosión posterior, como en la Alcarria, ha respetado al cavar los valles que la disecan. Pero las palabras *páramo* y *paramera* no se limitan geológicamente a las altas superficies de la era terciaria, sino que, como en los páramos de Soria y en la paramera de Avila, se extienden a su reborde montañoso aplanado sobre materia-

les de eras geológicas anteriores, e incluso alcanzan al granito precámbrico.

En conclusión: la meseta, descubierta como accidente geográfico por Humboldt, no es conocida con este nombre hasta los últimos decenios del siglo XIX y su generalización es de tiempos más recientes. Por todo lo cual E. Hernández Pacheco, encontró más acertado para traducir la denominación dada a este accidente por Humboldt, es decir, la de *Hochebene* o de *Hochland*, la de altiplanicie, que él empleó con preferencia en sus escritos.

Viniendo ahora a la introducción del concepto y la palabra en nuestra literatura, el primer texto que en lo relativo al concepto encontramos en ella es uno de Quevedo, cuando al contemplar, suponemos que desde las cumbres, o mejor los puertos, lo que hoy llamamos Sistema Central, partidor de las dos mitades en que se subdivide la Meseta, en la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres de los castellanos*, dirigida en 1625 al Conde-Duque de Olivares, en un terceto dice:

Ya sumergirse miro mis mejillas,
la vista por dos urnas derramada
sobre las aras de las dos Castillas.

Pero como naturalmente se puede suponer, es entre los escritores llamados de la generación del 98, a los que legítimamente se puede considerar como descubridores del paisaje castellano, entre quienes encontramos difundido y vulgarizado el concepto y nominación de la meseta, especialmente en las obras de Azorín y Unamuno. Azorín, viniendo del mar y de las serranías levantinas, descubrió su vocación por el paisaje en las planicies de la Mancha. En la llanura se encontró emocional y estéticamente, y hasta en Madrid se deleita lo mismo que en Toledo al

contemplar en sus alrededores los «campos pelados, amarillentos, cubiertos de rastrojos, abierta la tierra por el arado, despedazada en enormes terrones, desnuda de árboles» o en Toledo los «cuadros de verdes sembraduras», «extensos términos de negruzcos barbechos», y la llanura que se pierde, «adusta, desoladora, en el horizonte entre la bruma». La preferencia sentida por la llanura queda expresada por la riqueza pictórica de los epítetos que emplea para nombrarla: infinita, inmensa, pelada, amarillenta, adusta, desolada, parda, uniforme, sombría, solitaria, inmutable, intensa, monótona, interminable, sedienta, inacabable, gris, desmesurada, espléndida, bermeja, gualda, y hasta desesperante y alucinante por su severa luminosidad, por su grandiosidad cobriza, y también melancólica y triste, en lo cual coincide con Machado cuando, al hablar de las tierras de Soria, dice que «son tan tristes que tienen alma». Como oasis, y solamente como oasis, dentro de la llanura aparecen la campiña «riente, dulce, voluptuosa, apacible» y las «colinas finas, olorosas claras, radiantes». Las montañas sólo figuran en la obra de Azorín en un lugar marginal, cerrando en la lejanía el horizonte de la llanura, como una «pincelada azul», una «línea azul» o en la figura de «lomas azules», o de una «pincelada larga de un azul claro, tenue, suave». «Un telón azul». Sólo las sierras bajas y cercanas merecen su atención y se le aparecen como «montes austeros», «quebradas aceradas y abruptas», «cumbres peladas enhiestas», «sierras agrias y dentelladas», con «agudos picachos, empinados espolones y abruptos flancos acantilados».

También Unamuno gozó de la llanura castellana y en ella se encontró; pero la sensibilidad de Unamuno y sus amores abarcaron a todas las tierras y formas del paisaje español y en las cumbres de Gredos encontró algunos de

los más hermosos rincones de su alma. Pues, como él dijo, «pocos países habrá en Europa en que se puede gozar de una mayor variedad de paisajes que en España: costas mansas y costas bravas de rocosos acantilados, vegas y llanuras, páramos desiertos, montañas verdes, y sierras bravas..., de todo, en fin». Parece, a veces, que sus preferencias son solicitadas por la montaña y sin duda algunos de sus mayores gozos fueron los experimentados en las faldas y cumbres de las sierras de Gredos, «espinazo de Castilla», en donde dice haber acampado dos noches a dos mil quinientos metros de altura, sobre la tierra y bajo el cielo, y haber trepado «el monte de piedras que sustenta al risco Almanzor», para contemplar el imponente espectáculo del anfiteatro que ciñe la Laguna Grande. Muchos fueron, sin duda, los gozos que ofrecieron a Unamuno las montañas de su tierra natal y las de Castilla y él supo expresar el sentimiento experimentado, pues, como recuerda con frases de Obermann, «jamás se podrá expresar el sentimiento de la montaña en una lengua hecha por hombres de las llanuras». Pero Unamuno, nacido y criado hasta sus 27 años, como él mismo nos cuenta, en el País Vasco y junto al mar, vino después a Salamanca, «esta ciudad interior de la meseta» y a la vista de las sierras del Sistema Central, y de otro tipo de roquedo, al cual, como a sus canchales, rinde también tributo admirado por su «recia primitividad». Y acaba por rendirse el encanto de la meseta castellana cuando, ya en 1909, escribe: «Hermosa, hermosísima, sublime, la montaña; pero dígame amigo, y la llanada, ¿no es toda ella cima? ¿No ascendemos también desde ella a los espacios infinitos? Esta meseta de Castilla es toda ella cima». Y a continuación cita unos versos suyos, los siguientes:

«Es todo cima tu extensión redonda,
y en tí me siento al cielo levantado;
aire de cumbre es el que se respira,
aquí, en tus páramos».

Sin pretender agotar esta proyección literaria del concepto y nombre de la meseta, solamente recordemos que uno de los mayores escritores de la generación considerada, Pío Baroja, habla de la «meseta aragonesa», y dice que desciende al Mediterráneo, con lo cual extiende el concepto de meseta a lo que hoy se llama depresión del Ebro. Pero, posteriormente, percibe y expresa el contraste existente entre las tierras altas del interior de España y las tierras bajas, o más bajas, de su periferia. «El Maestrazgo, escribe en 1930, en las *Memorias de un hombre de acción*, se halla en el límite de las dos influencias, la de la meseta y la del mar, la castellana y la valenciana. Mirambel se encuentra en la frontera de esta zona, en la parte castellana, y Morella, en la valenciana».

Guillermo Díaz Plaja, que, con su fina sensibilidad para el sentimiento literario del paisaje, ha escrutado su expresión en la literatura española, lo ha hecho también en la literatura mejicana, y a este propósito nos cita una página de la *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, en la que recuerda a los europeos que la naturaleza americana, y concretamente la de Méjico, tiene dos aspectos muy diferentes, que existe «una Castilla americana» y que la visión más propia de la naturaleza mejicana está, precisamente, en las regiones de «la Altiplanicie Central» razonamiento que Díaz Plaja refuerza con textos de otros autores mejicanos.

Las formas menores lo son unas veces de las montañas, en la manera de detalles de las mismas, como dientes,

picos y otras culminaciones, o formas de valle y depósitos acumulados al pie de ellas. Pero también hay formas menores exentas, como los cerros y montes que de ellas parecen desprendidos y con las que se halla en relación, incluso a tanta distancia de ellas que ésta no se hace aparente como tal.

En su nominación es muy frecuente que la idea inspiradora en la terminología popular se guíe por su analogía con formas y miembros del organismo humano o animal, sin que para ello sea necesario recurrir, como han hecho algunos autores, a la inspiración de la filosofía de la antigüedad y concretamente al postulado estoico de la analogía del microcosmos y el macrocosmos, que asimila la tierra a un cuerpo viviente. Estas analogías nacen espontáneamente en la mentalidad popular. Son las de garganta, cabeza, teta, muela, colmillo, diente y otras muchas.

Difícil resulta encontrar un límite altitudinal a partir del cual una colina es cerro, o monte. A este propósito Vidal de la Blache recuerda que «la riqueza del vocabulario mediterráneo para la designación de las colinas se explica por el hecho de que, por término medio, en los contornos del Mediterráneo, la zona de altitud preferida por el poblamiento se sitúa entre 200 y 400 metros».

Por todo lo cual las formas menores, las más accesibles al hombre, las más humanizables y humanizadas, son precisamente las más difíciles de definir y clasificar. Su catalogación incluye tantos matices diferenciales, debidos a su altitud, constitución geológica y relación con el paisaje del que forman parte, comarcal o regional, que nos llevaría demasiado lejos, aunque el tema de su nominación queda aquí indicado.

Entre estas formas, en el lenguaje no popular, sino de la geografía científica, figuran los de *cerro testigo* y

monte isla. El primero, de forma tronco-cónica o de artesa volcada, es efectivamente testigo del nivel alcanzado por los sedimentos de una superficie llana y alta, posteriormente excavada por la erosión. Es fenómeno frecuente en la meseta, aislado de los páramos de los cuales formó parte o en sus márgenes. Los montes islas (al. *inselberge*), son también formas de relieve residual, pero labrados en roca dura, en los bordes o proximidad de una montaña por la erosión propia de determinados períodos de la era terciaria, semejante a la que actualmente actúa en los países tropicales y la que en tierras brasileñas ha esculpido los *panes de azúcar*.

La presencia de estas formas menores de relieve residual, atestigua y comprueba la existencia de un proceso transformador e incluso destructor de las formas de relieve: el de la erosión. Lenta, lentísima, la acción erosiva de las aguas, del hielo, del viento, e incluso la del hombre, no solamente en grandes obras de ingeniería, sino en acciones sencillas de su vida diaria, colaboran en el trabajo de transformación del relieve terrestre, en la creación de nuevas formas o en su destrucción, contando con tiempo, cuya duración se mide no ya por siglos, sino por milenios.

Y esto nos lleva, por último, a hacer mención aquí de un término que debería pasar del vocabulario técnico geográfico a la lengua culta del hombre medio. Se trata de la palabra *penillanura*.

En el siglo XIII Gonzalo de Berceo, en su libro *Los Signos que aparecerán antes del Juicio*, basado en el libro de Isaías, escribe los siguientes alejandrinos:

En el noveno día vernán otros porteros,
aplanarse han las sierras e todos los oteros;
serán de los collados los valles conpanneros.
Todos serán iguales carreras e senderos.



Berceo tiene aquí la visión de un final de la tierra en el que todo su relieve queda allanado y su superficie monda y lisa como una bola de billar. Esta idea, la de la eficacia de la erosión, actuando en enormes magnitudes de tiempo, viene desde antiguo pesando en el pensamiento del hombre que observa el relieve y su lenta destrucción por las fuerzas erosivas. Así Leonardo de Vinci pensó que todo el valle del Po y los de sus afluentes habían sido modelados por la erosión.

Siglos después un geógrafo americano, W.M. Davis, idea la teoría de los ciclos de erosión; la historia de un macizo que surge de las aguas, que sometido al efecto de la erosión subaérea pasa por una fase de juventud, otra de madurez y una final de senilidad, en la que el relieve prácticamente desaparece, de donde el nombre de penillanura, aplicado a este tipo de relieve.

El esquema ideado por Davis es lo que en la terminología científica actual se califica como un modelo, y como tal, difícil de verificar su realización, sometido a críticas desde muchos puntos de vista, objeto de polémica, pero que ha puesto en la pista a posteriores investigaciones y experiencias de las ciencias de la tierra.

La verdad es siempre evasiva y el hombre de ciencia, moviéndose con el apoyo de hipótesis y contrahipótesis, es un cazador de la verdad, un «venator sapientiae», podríamos decir inspirándonos en el sugestivo título de un tratado de Nicolás de Cusa.

DISCURSO
DEL
EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON JULIÁN MARÍAS

DISCURSO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON JULIÁN MARÍAS AL DISCURSO DE
D. MANUEL DE TERÁN ÁLVAREZ

Señores Académicos:

Nuestra Academia necesita escritores, maestros del lenguaje creador, que hacen avanzar la lengua, como la palabra hablada, pero al mismo tiempo la fijan, establecen formas que la enriquecen de modo duradero; necesita igualmente filólogos, lexicógrafos, gramáticos, estudiosos de la lengua, en suma, capaces de considerarla con el rigor de las disciplinas lingüísticas; y necesita, en tercer lugar, especialistas en los distintos campos del saber, conocedores del vocabulario de los diversos dominios y, todavía más, de sus necesidades crecientes; porque no solo es menester definir con rigor en el Diccionario las voces usadas en ciencias, técnicas, profesiones y oficios, sino que es necesario rechazar los usos ambiguos o impropios, adaptar palabras extranjeras, forjar voces nuevas para expresar nuevas ideas, denominar nuevos objetos, propiedades u operaciones.

No es fácil encontrar personas eminentes en ninguno de estos tres campos; pero cuando se llega al tercero, cuando la Academia necesita un especialista en alguna de las ciencias —en el sentido lato del término—, la difi-

cultad se acentúa. Y la razón es que no basta con la competencia científica; el tema de nuestra Academia es sobre todo la lengua española, y para formar parte de ella con eficacia se requiere un profundo conocimiento de esta lengua, una seguridad en su uso, un fino sentido literario. Estas condiciones, aliadas al dominio de una o varias disciplinas, no son frecuentes, y cuando la Academia las encuentra en una misma persona, tiene motivos de regocijo por su hallazgo.

Esta alegría nos llena esta tarde. La Academia me ha pedido dar la bienvenida en su nombre al nuevo Académico Don Manuel de Terán, *rara avis* en más de un sentido; se necesitaría un experto en aves, como él mismo, para estudiar adecuadamente su rica y original figura.

Manuel de Terán es un geógrafo, uno de los grandes geógrafos españoles, admirable conocedor de nuestro territorio y también —lo que para esta Academia tiene particular valor— del Continente americano. Por eso no me atrevería a decir que es un «especialista». Es un hombre de ciencia de amplísimo espectro, el reverso de lo que suelen ser los científicos de nuestra época, conocedores profundos de una angosta parcela de la realidad, con frecuente ignorancia de casi todo lo demás. Por ser un verdadero geógrafo, Terán ha tenido que estudiar disciplinas muy variadas, desde la astronomía hasta la etnografía y la sociología, pasando por la geología, la meteorología, la climatología, la botánica, la zoología, la minería, la agricultura, la ganadería, los oficios de las gentes de nuestro país, su economía, sus formas de mercado, sus tipos regionales, sus costumbres, sus estilos de construcción, sus formas urbanas. Sus conocimientos concretos del hombre circunstancial son amplísimos. En su trabajo profesional de tantos años ha tenido que conocer rocas, formas geográ-

ficas, hidrografía, todo el repertorio del relieve, plantas y animales, y sus partes, y sus usos, y las técnicas de su cultivo, domesticación o explotación, y la variedad increíble de la vida humana en su realidad efectiva.

Es precisamente lo que necesita nuestra Academia, lo que reclama hace tiempo nuestro Diccionario: un hombre capaz de revisar el léxico de innumerables campos, de ponerlo al día, de enriquecerlo con nuevas aportaciones, de conservar el viejo vocabulario general de la lengua española, de sus regiones, de los países hispanoamericanos, y completarlo con las nuevas voces introducidas en el uso por los cambios en las formas de vida y por las ciencias y técnicas de nuestro tiempo. Sería difícil encontrar un hombre de ciencia con la amplitud de información y conocimiento lingüístico de Manuel de Terán, que no se limitará a revisar y completar una milésima parte del caudal de nuestra lengua, sino que podrá recorrer una inmensa porción de su territorio y realizar una vastísima labor de corrección, precisión, pulimento y dilatación de nuestro idioma. La formación de Terán cubre el conjunto de las ciencias de la Naturaleza, y una buena parte de las llamadas humanas, y la inevitable limitación de sus conocimientos coincide, afortunadamente, con los intereses de esta Academia: lo español y en general lo hispánico, a cuyo estudio concreto, amoroso, vivo, abarcador, en el conjunto de sus conexiones reales, ha dedicado una vida de singular intensidad y no exenta de sosiego.

Manuel de Terán nació en Madrid en 1904, y en esta ciudad ha hecho sus estudios, desde el Bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros (1914-20) hasta el Doctorado en Filosofía y Letras en 1927, con una tesis cuyo título parece ser su primera justificación al ingreso en esta Academia: *Vocabulario artístico en los siglos XVI y XVII*,

dirigida por D. Manuel Gómez Moreno. Este y D. Elías Tormo fueron sus primeros maestros influyentes en la Universidad de Madrid, y nunca perdió su entusiasmo por el arte. Pero pronto surgió en Terán la vocación geográfica, estimulada por Eloy Bullón, Juan Dantín Cereceda—compañero muchas veces de viajes por España de hombres como Ortega, Azorín, Baroja—y Eduardo Hernández Pacheco. La Geografía fue para él, por lo pronto, ciencia del paisaje, cuya comprensión integral sólo podía lograrse mediante la convergencia de la perspectiva científica con la artística y la literaria.

Terán empezó, muy joven, a trabajar y estudiar en el Instituto-Escuela de Madrid, donde adquirió su personalidad matices nuevos; el espíritu innovador de este experimento educativo iniciado en el último decenio de la Monarquía constitucional se unía al respeto por la continuidad histórica y el amor por la realidad de España. En 1930 ganó Terán las oposiciones a una cátedra de Instituto en Calatayud, pero al año siguiente fue agregado al Instituto-Escuela. Después de la guerra civil enseñó en los Institutos Isabel la Católica y Beatriz Galindo, a la vez que en la Universidad de Madrid como Profesor ayudante, encargado de curso y adjunto de la cátedra de Geografía; y en 1956 la ocupó por oposición, después de la jubilación de su maestro Bullón. Hasta su propia jubilación hace poco tiempo, y aun después de ella, Terán ha formado innumerables promociones de geógrafos, a los que ha contagiado su entusiasmo por esta disciplina y la conciencia de su complejidad, de su riqueza, de su significación humana.

La actividad de Terán ha sido amplísima. En 1959 explicó dos cursillos en Middlebury College sobre geografía de España y de los países hispanoamericanos. Ha dado

cursillos y conferencias en el Instituto de Estudios Políticos, en el de Cultura Hispánica, en el de Administración Local, en la Universidad Internacional de Santander, en el Círculo Cultural Politeía y hasta, a instancias mías, en los Cursos de Estudios Hispánicos de Soria. Ha tomado parte en innumerables reuniones científicas internacionales: Lisboa, Londres, Goslar (Alemania), Santa Cruz de Tenerife, Irlanda, Reykjavik. Ha sido Secretario y luego Director del Instituto Juan Sebastián Elcano del C.S.I.C. y de la revista *Estudios Geográficos*, y de ambos es Director honorario. Fue encargado —y esto tiene especial relevancia para nosotros— de la parte española del *Vocabularium Geographicum* publicado en 1967 por el Consejo de Europa, y es el representante de España en la Comisión de Léxico Geográfico de la Unión Geográfica Internacional. Y no sería justo omitir que Manuel de Terán fue uno de los profesores que se encargaron de la educación del Príncipe Juan Carlos, actual Rey de España, en los años decisivos de su plena españolización, de su absorción de la realidad de nuestro país. Podemos imaginar la acción de una mente tan sutil y cultivada como la de Terán, de un conocimiento tan cabal de la España física y la España histórica, de una respetuosa delicadeza moral como la suya, sobre la inteligencia juvenil de su discípulo.

No sería completa la figura de Terán si no se hiciese una mención de sus viajes. Su conocimiento de España —incluyendo sus regiones insulares— es intenso, minucioso, comprensivo; ha viajado ampliamente por Europa; pero, sobre todo, ha hecho largos recorridos por América, del Norte y del Sur, ha investigado sus formas naturales e históricas, ha estudiado la interacción de las culturas aborígenes, no extinguidas, con la española que como un gigantesco injerto prendió en América hace medio milenio

—un injerto que constantemente se renueva. Está a punto de aparecer un libro de Terán que podrá ser la culminación de sus saberes sobre este tema: *La vocación urbana de Hispanoamérica*.

Y el título de este libro, que aún no ha visto la luz, nos hace recordar sus innumerables publicaciones. No puedo mencionar aquí más que unas cuantas, pues vuestra atención se fatigaría con la enumeración de su lista completa, que puede encontrarse en el Homenaje que en 1975 le ofreció la revista *Estudios Geográficos*. Ha escrito sobre geografía universal, desde un breve tratado hasta su gran obra en dos volúmenes *Imago Mundi. Geografía Universal*. Sobre España, desde una *Geografía histórica* hasta partes sustanciales de una extensísima *Geografía de España y Portugal* en 6 volúmenes, dirigida por él, o de una *Geografía Regional de España* de la que es codirector. Y, por supuesto, innumerables monografías y artículos. Ha escrito —en la primera *Revista de Occidente*— un largo estudio sobre la «Baja Andalucía»; sobre geografía urbana de Calatayud, Daroca, Albarracín, Sigüenza, Santander, Aranjuez, Bilbao y tantos otros lugares; ha estudiado «Dos calles madrileñas: las de Alcalá y Toledo»; «Ciudad y urbanización en el Continente asiático», «Síntesis geográfica de la isla de Fernando Poo»; y, a mucha distancia aparente de estos temas, «La relación de Antonio Machado con la Institución Libre de Enseñanza».

Pocos temas dejan de interesar a Manuel de Terán. Tímido, concentrado, un poco irónico, siempre con aire de disculparse, no se sabe de qué, curioso y sonriente, lleva cerca de tres cuartos de siglos mirando el mundo por su piel y viendo lo que tiene dentro, detrás y por encima. Es un hombre liberal este Terán: con antigua liberalidad generosa, con moderno liberalismo. Hace mucho tiempo

definí al liberal como «el que no está seguro de lo que no puede estarlo»; Terán no está seguro de demasiadas cosas, pero de unas cuantas, ¡qué seguro está! Por eso su trato —lo experimentaréis, compañeros de la Academia— tiene tan extraño encanto: Terán es la flor de la cortesía, es infinitamente respetuoso, condescendiente, afable; parece que se borra y se desvanece; pero cuando se está cerca de él, cuando se encuentra su persona, se percibe algo sólido, consistente, verdadero y enérgico. Es lo que le ha permitido cruzar el duro páramo de nuestra reciente vida pública sin hostilidad ni resentimiento, pero con una infrecuente dignidad y entereza.

Algunas veces Terán nos parece un hombre de otro tiempo; y lo es: por eso puede ser plenamente de este. Sólo los hombres en quienes pervive el pasado tienen plena actualidad y, lo que es más, tienen porvenir. «S'il n'y avait que les vivants, la terre serait inhabitable», escribió Gabriel Marcel. Si no hubiera más que el presente, ni el presente habría. Esto lo sabe bien la Academia, que consiste en esa convicción puesta en marcha, ejercitada en cada una de nuestras vidas y en nuestra ocupación común. Por eso la Real Academia Española sentirá pronto su profunda afinidad con el nuevo compañero que hoy se incorpora a sus tareas y a su manera de entender la lengua española, nuestra gran interpretación primaria de la realidad.

El discurso que acabáis de escuchar es una buena muestra de la actitud intelectual y vital del nuevo Académico, una anticipación de lo que la Academia puede esperar de él. Entre los diversos campos de la Geografía, ha escogido el relieve, y en particular las montañas. Ha sido el discurso de un humanista; las citas de San Agustín, del Dante, de Petrarca, de Nicolás de Cusa, de Fray Luis de

León, de Humboldt, no son erudición postiza o mero ornamento embellecedor; son la sustancia de la actitud de Terán, que se siente unido a estos hombres que, ante la Tierra, sentían admiración, curiosidad, entusiasmo, gratitud por haberla recibido y estar destinados a habitarla, y un cierto orgullo inocente que los movía a procurar ser dignos de ello. En qué triste medida todo esto se ha perdido, sería materia para otro discurso, más largo y melancólico. Vivimos en una época en que casi enteramente se ha desvanecido la conciencia de la belleza de la realidad; nada tan desacreditado como el *cántico* como respuesta humana a lo que encontramos delante. El hombre se ha pasado siglos, acaso milenios, embelesado ante la hermosura de la creación, asombrado de lo que iba descubriendo. No olvidemos que este sentimiento ha sido el motor efectivo de la ciencia, desde el *thaumázein* de los griegos hasta la maravillada curiosidad de los hombres del Renacimiento, desde los exploradores de los Continentes remotos hasta los reclusos en los gabinetes de experimentación y en los laboratorios. La Humanidad ha repetido a su manera y en mil tonos distintos las palabras de Dios en el Génesis al final de cada día creador: «y vio que era muy bueno». En nombre de la ciencia que sin eso no se hubiera hecho o de una política empobrecedora, devastadora, esa actitud se ha abandonado, y sólo pervive modestamente en la literatura elemental de las agencias de turismo, último rincón en que se ha refugiado la convicción —tal vez interesada— de que el mundo es hermoso, y por eso puede venderse. No desdeñemos, sin embargo, esa humilde expresión de la actitud que fue tan gloriosa, desde la teología hasta la poesía; tengamos hacia ella la gratitud que merece quien conserva el rescoldo de un fuego que algún día podrá reanimarse.

Manuel de Terán, geógrafo científico, dueño de las técnicas modernas de investigación, sigue encontrando que el objeto de su estudio *vale la pena*, y que no es una inversión de valores, una acción degradante, dedicarle su vida. Se siente en comunidad con todos los que han recorrido el planeta con ojos de admiración, movidos por el entusiasmo. Siente idéntica curiosidad, el mismo respeto, igual afán por desvelar lo que está oculto. Nos habla de la admiración por los montes, del descubrimiento del paisaje, de su recreación literaria, tan unida a su interpretación científica. Y encuentra que esta interpretación, inesperadamente, es también literaria.

Los nombres de los montes, *de nominatione montium*, este es el núcleo de su tema. Cuestión de palabras, cuestión de nuestra Academia. ¿Qué quiere decir «monte», qué quiere decir «montaña»? ¿Se trata del relieve o de la vegetación, o de ambas cosas? ¿Es lo mismo en España que en nuestra América? ¿Y no se encuentra a cada lado del Atlántico la huella de experiencias del otro, tal vez olvidadas en el solar originario? Terán persigue la historia, el origen, los cambios de los nombres de las formas del relieve: cordillera, cadena, sierra, sistema, meseta, altiplano o altiplanicie, braña... Casi todo son metáforas.

En un juvenil ensayo de 1909, Ortega había escrito: «Ese universo ilimitado está construido con metáforas. ¡Qué riqueza! Desde la comparación menuda y latente, que dio origen a casi todas las palabras, hasta el enorme mito cósmico que, como la divina vaca Hathor de los egipcios, da sustento a toda una civilización, casi no hallamos en la historia del hombre otra cosa que metáforas. Suprímase de nuestra vida todo lo que no es metafórico y nos quedaremos disminuidos en nueve décimas partes. Esa flor imaginativa tan endeble y minúscula forma la capa

inconmovible de subsuelo en que descansa la realidad nuestra de todos los días, como las islas Carolinas se apoyan en arrecifes de coral».

Terán completa esta última metáfora, invirtiéndola en cierto modo. La metáfora es «la capa inconmovible de subsuelo en que descansa la realidad»; los nombres del relieve de la Tierra, allí donde ponemos los pies, donde descansa el peso de nuestra humanidad con todo lo que ha hecho, son también metáforas. Interpretaciones vitales, imaginativas, con frecuencia poéticas, que acaban por convertirse en las palabras de la lengua, incluso en los términos desecados de una disciplina científica. Terán busca sus orígenes, los repristina, encuentra su múltiple riqueza semántica, establece sus conexiones, funda un sistema léxico —arraigado en la historia— de los nombres geográficos. Sólo el conocimiento profundo de la geografía y de la constitución a lo largo del tiempo permite explorar lingüísticamente esta parte de nuestro vocabulario; pero únicamente esta exploración, guiada por un fino instinto estético y literario, hace posible la plena comprensión *geográfica* de las formas del relieve, tal como han sido descubiertas, entendidas, vividas por los hombres que, en muchos siglos, con tremendos peligros y esfuerzos, han recorrido y estudiado la piel tersa y rugosa de nuestro planeta.

Y lo mismo habría que decir de los nombres concretos, de los nombres propios, algunos de los cuales Terán examina y explica con sabroso estilo. Cada monte, cada sierra o meseta, cada elemento de la geografía, río, lago, arroyo, cabo, playa, nava o páramo, selva o desierto, ha sido escenario —mejor dicho, una serie histórica de escenarios— para la vida humana. Cada uno de esos «accidentes» geográficos ha sido vivido de una manera o de otra por dife-

rentes pueblos y en distintas épocas. Y ello se refleja en sus nombres. Si pudiéramos saber en detalle y a fondo —como sabemos en algunas muestras— cómo han denominado las mismas realidades los aborígenes de América y los exploradores españoles (o portugueses, ingleses, holandeses, franceses, según los casos), podríamos saber de las respectivas instalaciones vitales, de la manera de ver el mundo y proyectarse en él las diversas variedades de lo humano.

Esto es geografía; esto es el estudio efectivo de la lengua; esto es saber, en el sentido radical de la expresión: saber a qué atenerse respecto a la realidad. Cada uno de nosotros intentamos hacerlo en una parcela, aquella que más nos atrae, en la que hemos logrado un mínimo de seguridad y competencia. Buscamos ávidamente la ayuda de los demás. La Academia es un equipo de hombres libres e independientes, que personal (y no gregariamente) cooperan en una misma empresa. No voy a herir vuestra modestia; la mía personal no necesita subrayarse; pero nuestra empresa es gloriosa: se trata de la lengua española, una de las grandes creaciones de la humanidad, vehículo de expresión de innumerables pueblos, de cientos de millones de vidas individuales e insustituibles, soporte y estímulo a la vez de una de las más creadoras literaturas, primera forma de una de las maneras principales de pensar la realidad.

Ahora vamos a recibir refuerzos. Manuel de Terán nos trae nuevos puntos de vista, competencias de las que carecíamos; he tratado de mostrar que, antes de que la Academia lo llamara, era uno de los nuestros. Vamos a recibir la cosecha de una vida que parece haber consistido en prepararse para hacer avanzar en un amplísimo frente, y con el mismo espíritu, la tarea común que nos une.

Esperamos que durante largos años Manuel de Terán busque y encuentre las palabras justas para denominar, con rigor y admiración, la maravillosa superficie del mundo en que vivimos.

